

to moral en todos y cada uno de los actos de sus miembros. Cuando las compañías de scout son constituídas por menores las rige indudablemente el deseo de iniciar las mentes infantiles en los problemas que los esperen en un futuro que los halle en condición de ser ciudadanos, y no sería sin embargo en ese caso prudente extremar la gravedad del significado de su programa. Pero hay en nuestro medio como en cualquier otro, una porción de habitantes que poseen facultad madura para abrazar en su sentido total la idea simbólica del scoutismo, la que se necesita apreciar para explorar todos los terrenos cuyo perfecto conocimiento traería por resultado una aclaración de errores, una abolición de prejuicios y una reforma de costumbres y conceptos.

Analizaré en otra ocasión más de cerca el Reglamento de las scouts y pondré énfasis en los muchos objetos de exploración que señala y de los que ocupa la señora Dammert un campo, pudiendo decirles como vive la madre pobre en Lima y, como influyen las consecuencias de su pobreza, y quizá abandono, en la demografía de Lima.

El peligro amarillo

En un tiempo se propuso hacer distingos entre el peligro amarillo, referente a los chinos y el peligro gris, referente a los japoneses, en la campaña anti-asiática que es tan popular en América, Europa y Australia.

Sin embargo en el «Tiempo» del 11 de Marzo prescinde de estas definiciones especificadas el o la articalista que escribiendo sobre el «peligro amarillo» se ocupa de los nipones.

Hallamos justos los temores que se toman en consideración en dicha reseña y han sido aducidos también en el debate sobre el derecho de pesca durante un reciente debate en la Cámara de Diputados, acerca de que el libre movimiento de los japoneses en el territorio nacional puede servir para el empleo de métodos de espionaje a que se sospecha entregada la cancillería del Imperio del Sol Levante.

Lo que no hallamos justo es la diversidad de categoría en que parece colocarse a los japoneses respecto a los emisarios de otras naciones extranjeras, por el único hecho, probablemente, de ser oriundos del Asia y de color gris

o amarillo, y no de Europa o Norte-América, de color blanco y colorado.

Si se quiere fundar la distinción que se hace en que los japoneses vienen contratados para el trabajo y los otros extranjeros se presentan como inmigrantes libres, objetamos dos cosas: en primer lugar que se ha querido invitar en contratos de colonización proyectados y casi perfeccionados, a europeos y norte-americanos a venir en iguales condiciones de contratados como vienen ahora los japoneses, sin estipular que los agentes exporten un colono por cada otro que importen, sino deseando, al contrario, que se radique en el país.—¿Y no se han hecho así peligrosos los alemanes en el Brasil, en la República Argentina y en Chile, y no sería posible que de la misma manera se hiciesen peligrosos los norte-americanos?—En segundo lugar, los hombres de raza blanca no han querido venir hasta ahora a auxiliarnos como peones en la explotación de nuestros recursos naturales, porque no se allanaban a hacerlo por salarios relativamente baratos y sufriendo condiciones locales que no se adaptan a sus pretensiones; luego, los «amarillos» han sido más útiles para nosotros que los «blancos».

Aunque muchos de los inmigrantes asiáticos contratados no hayan cumplido sus compromisos, no es creíble que hayan dejado de sostener en alguna proporción las obras de minería y agricultura en el país, pues existiendo como existe, la agencia de inmigración desde el año 1898 no estaría importando todavía braceros después de los veinte años, si se hubiese desacreditado definitivamente.

El salario es demasiado bajo en el Perú, en relación con las condiciones generales de la vida y por eso, los capitalistas pueden soportar una fuerte pérdida por incumplimiento de contratos de *enganche* sin desequilibrar su presupuesto. Es decir, la comisión inicial de Lp. 2.5.00 por peón, pagadera al Agente, se cubre pronto con el concurso de energías aportado y las Lp. 5 que debe recibir la Agencia por cada peón que cumpliera su contrato no se abona, por supuesto, cuando el contrato queda a medias.

El japonés hace un bien a la clase obrera nacional, si exige condiciones superiores a las mi-

seras y humildes que acepta el indígena peruano, y éste debería asociarse con él para obtener una nivelación favorable de sueldos y atenciones de parte de las empresas. Ahuyentado el japonés del país, los capitalistas en su miope rutina acabarán por extinguir en el abandono y la esclavitud a la raza aborígen y necesitarán finalmente otra vez de estos mismos inmigrantes amarillos o de inmigrantes blancos que les traerán ideas norte-americanas sobre el salario y las comodidades debidas a la clase obrera.

Si los japoneses se sustraen a sus contratos ¿cuántos peruanos no hacen lo mismo! Si prosperan en las industrias urbanas, ¿por qué prosperan? Por que el público reconoce que son más limpios más sobrios y más cumplidos que los nacionales. ¿Sería acaso política legítima arrojar del territorio a hombres con virtudes para quedarse solos con sus vicios? Si el japonés constituido en residente local avanta al nativo en los negocios, lo correcto es fijarse en las causas de su éxito, cultivar las cualidades que le favorecen y hacerle en esta forma la competencia. Del japonés menos que de cualquier pueblo asiático puede aducirse que constituye una raza inepta y retrógrada. El japonés puede reirse con altiva soberbia irónica de los disparates escritos ahora poco por Mont-Calm sobre este mismo tema del peligro amarillo y de la excelstitud de la raza blanca reinante en Chile.

Basta que un chileno nos insinue la superioridad racial de su país, fundándola en el color blanco, para que nosotros le enfrenemos el valor cabal de las razas de color—¡Un Japón reivindicado contra Europa y Norte América, que por bastante siglos ya han denigrado impunemente la sangre de orígenes distintos! Leguía, el ídolo peruano, la inteligencia sagaz, no simpatizaba con la ley de exclusión a la inmigración asiática—la permitía rodear sigilosamente. Era y es hacendado, y sabe de la sed de brazos que tiene el país. Los brazos que necesitaremos cada vez en mayor escala, en cuanto se desarrolle la industria, tendrán que ser en gran perfección extranjeros y como peligro nacional, todos los extranjeros son iguales—todos traen entre sus turbas a sus deshechos sociales, a sus espías y sus vencedores que dan pruebas de llevar

en sus venás sangre viril y robusta, sangre que a pesar de ser asiática, injertaría en nuestro organismo las mismas cualidades que tantas veces pedimos desesperados a Italia, Inglaterra, Alemania y Francia. ¿No hay en el Japón arte, no hay acorazados, no hay todo lo que buscan el materialismo y el espiritualismo moderno?

Cuidado con el futuro de la Patria! dice la publicación de «El Tiempo». Sí; dirigios contra el gobierno nacional, contra el Ejecutivo y las Cámaras, al decir esto, y no contra los japoneses. Atribuid la miseria que hoy os amarga y os hace desahogar vuestras cóleras con el asiático, como en años remotos, a vuestra creciente desorganización moral interna. Competid con el japonés pero no lo proscibais. La alianza con el japonés podría ser quizá la más acertada política del Perú en estos tiempos de revuelta mundial.

La medida respecto a pasaportes tomados por el gobierno del Japón, que ha sido objeto de los últimos comentarios es efectivamente una medida observada en esta época excepcional por todas las naciones del mundo sin ser apreciada en el sentido en que ha sido apreciada con relación al Imperio Japonés. En cambio de tanta susceptibilidad con el imperio asiático; qué tolerancia, qué franquicias para con las misiones científicas norte-americanas que nos visitan y qué mimos con Mont-Calm que durante los meses de permanencia en Lima averiguará tanto como un pescador o mayordomo japonés.

Teme el periodista que esto escribe, a todas las potencias del mundo igual que al Japón y protesta de que las precauciones empleadas con uno de los extranjeros sean diferentes de las empleadas con el otro. El inmigrante, cualquiera que sea, nos amenaza en igual grado que nos sirve, pero el daño que haga será reducido a un mínimo, y el bien que nos traiga aumentará a un máximo cuando sepamos hacernos respetar de él y no despertemos su rencor justificado.

Protesta en voz muy alta la persona que esto escribe, contra las ideas vertidas últimamente respecto a los residentes asiáticos porque comprende que aquí va a instituirse un derecho de raza. Se alegra que los asiáticos hacen

la competencia en el trabajo y el negocio a los nativos y se piensa acaso en devolver a sus correspondientes patrias a Giacoletti, a Rampini, a Gildemeister, a Oschsle, a Grace y Co., a Graham Row, Standard, Oil y la British. Sugar porque han hecho fortuna en el país del modo que quisieron y no solo como peones agrícolas?

Díálogos Excelsos

Por Valdemo Caucatillo
Marqués de Miramar.

Filosifo—Valdemo hijo mío, tú eres incorregible, por qué seguir vanidoso? por qué, infatuado y tonto? Confundes hijo mío, amigo mío, Valdemo amigo mío, los valores: metal amarillo no es oro, aunque el oro es metal amarillo. No porque Esther menee la cabeza como loca, lleve sus manos cual agilísimo prestidigitador y tenga su pecho alzándose y levantándose como fuelle de herrero, para arrancar con el auxilio de la luz, destellos finos de los cristales que de sus rosados glóbulos penden, que en sus blancos y bien hechos dedos luce, y en su pecho descansan, son brillantes verdaderos. Hará efecto un instante, más el análisis le dejaría a la pobre Esther en la penosa condición de declararse tonta que pretende engañar o vanidosa que toma por pretenciosos y mentecatos a los demás. Si posees diamantes pulidos, deja que la clara luz del día arranque sus destellos; si tus diamantes no han sufrido aún la acción del artifice, pónlos en sus manos para pulirlos; y si son vidrios ordinarios o solamente cristales finos, haz que la luz artificial se reverbere en ellos, más no digas, por caridad, que el policroismo de tus cristales es policroismo diamantino....

Valdemo.—No hay razón, Filosifo, hermano, compañero, padre mío, para que tus sentenciosos lábios increpen mi conducta. Los hombres, en su mayor número son tontos, son imbéciles. Son ellos que me hacen ser como soy. Encuentro placer en hacerles rabiar y tontos como son, creen lo que yo digo; los unos reniegan de mí y los otros me admiran. Tengo execradores, los envidiosos tontos y hay viles, miserables e túpidos que admiran lo que yo por desprecio de ellos digo y hago. Soy un escéptico que me complazco en hacer piruetas para reirme de los que encuentran gra-

cia en ellas y se ponen ridiculos, a imitarme, mientras los otros rabian de ver que hayan otros más bellacos que ellos que admiran mis insultos y besan la mano que les castiga....

Filosifo.—Los hombres dignos de serlo, no se gozan en rebajar la dignidad humana. Si te placés en lo que dices, no eres lo que pretendes ser; los filósofos, los sabios, los artistas aman la humanidad y nunca la vuelven loca para gozarse de su inconsciencia.

Valdemo.—Tú Filosifo, amigo, desconoces el valor del humorista?

Filosifo.—No lo desconozco, no, Valdemo; pero tu no eres humorista; tu no tomas las locuras de la vida para llorar por ellas, no; tu enloqueces a los tontos que te cercan para reírte con la grotesca risa del sátiro después de haber vencido a la púdica doncella....

Vald.—Te engañas Filosifo maestro mío, yo no hago a los hombres más malos de lo que son....

Filosifo.—Qué me engaño? No. Mira....

Publiconio...Ea, maestro Filosifo, calla, no abrumes a Valdemo, el más grande genio de la generación actual, el excelso cuentista, el máximo poeta que hace *aroró, aroró* a su pobre corazón traicionado por una mujer que no pudo llegar hasta él, herido por los malos hombres que no pudieron comprenderle, no pudieron alcanzarle a la altura en que está. Oh! Valdemo el máximo, Valdemo el excelso, vive tu ahora, siempre soberbio, siempre noble, que mañana las nuevas generaciones honrarán tu memoria como los paganos religiosos, como los religiosos del arte han honrado y honran a Venus y a Minerva.

Filosifo.—Pobre Valdemo, pobre Publiconio, estais completamente perdidos! Ah! No! qué digo? completamente perdidos? No. Yo no os abandonaré amigos míos. No. Mi misión no es sólo compadecer los males que sufre la humanidad, sino protegerlos y librarlos de ellos. Ya veré que la cordura desaloje a la demencia y su corte, que han acampado en vuestros cerebros y sea ella la única que en ellos resida....

¿Qué sería de la humanidad si todos los cerebros se llenaran de vuestras ideas? La vanidad, la pedantería y la audacia imperarían, la crisis de los valores intelectuales se acentuaría quizá hasta lle-